

América Latina: Experiencia Sandinista y Revolución Continental

Julio Godio

Un estilo correcto de pensar

Casi dos décadas después del triunfo de la Revolución Cubana, décadas que han sido al mismo tiempo de sucesivas derrotas de la izquierda latinoamericana, dos hechos de singular importancia han revertido sustancialmente esta situación. Estos hechos son el triunfo de la Revolución Popular armada, encabezada por el Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua, y la creciente radicalización en varios países del Caribe de habla inglesa, particularmente Jamaica, Granada, Santa Lucía y Guyana. Si bien en política es necesario cuidarse de sacar conclusiones apresuradas, puede afirmarse que en toda el área de Centro América y el Caribe, se está entrando en un período de fin de la larga hegemonía neocolonialista de los Estados Unidos y de desestabilización de las tradicionales dictaduras militares y cívico-militares. Estas crisis políticas expresan el fin de una época de dominación imperialista según el estilo brutal de las compañías bananeras o azucareras, estilo de dominación que articulaba una economía de plantación atrasada con un poder político basado en la brutalidad de camarillas cívico-militares nativos. Como es sabido, esta dominación neocolonial mantuvo, y mantiene a la mayoría de los países de Centro América y del Caribe en un atraso económico profundo; ha cerrado el camino a la formación de una burguesía rural y urbana nacional y, en cambio, polarizó la sociedad fundamentalmente entre campesinos minifundistas y marginales urbanos, con enclaves de proletariado en industrias transformadoras, y una cúpula estrecha de explotadores "primitivos" compuesta por las oligarquías nativas, los gringos de las transnacionales y las camarillas militares. Entre ambos extremos se ubica una pequeña burguesía urbana raquíta, vinculada a los servicios y al comercio.

Salvo Costa Rica, son sociedades desarticuladas, en las cuales la sociedad civil, como diría Gramsci, presenta un alto grado de indiferenciación de clases, y en las cuales, el Estado policíaco-militar reproduce su base de sustentación entre las mismas camarillas de civiles y militares que usufructúan de privilegios "extraeconómicos" (exenciones impositivas, control del comercio, contrabando, corrupción, etc.) para amasar sus fortunas. **Por eso, al derrumbarse el poder dictatorial, como ocurrió en Nicaragua, se abren las compuertas para grandes movilizaciones de masas por transformaciones sociales. Y, la debilidad histórica de la burguesía nacional, es al mismo tiempo la causa de ausencia o debilidad de partidos nacionaldemocráticos progresistas "intermedios" de arraigo popular, a diferencia de otros países latinoamericanos.**

Pero que esta zona de América se haya convertido en el eslabón más débil de la dominación imperialista, no significa que el eje no pueda desplazarse a otros países, por ejemplo Bolivia o Brasil, dado que en toda América Latina y el Caribe los modelos de capitalismo dependiente han sido sacudidos por la crisis económica mundial del mundo capitalista y las "élites tradicionales" no logran generar alternativas capaces de recrear mecanismos de hegemonía. Lo que explica, en última instancia, la aparición de sucesivas dictaduras militar-terroristas en varios países, especialmente en el Cono Sur, instrumentos de dominación que usualmente sólo cumplen uno de los requisitos de todo poder del Estado: la coerción. Pero, faltándoles el que en última instancia garantiza la hegemonía, esto es: el consenso popular.

El objetivo fundamental de este artículo consiste en tratar de incorporar a este cuadro contradictorio de la situación latinoamericana, donde **los ciclos de revolución y contrarrevolución siguen caracterizando estratégicamente a la situación en su conjunto**, aquellas **lecciones** del triunfo del Frente Sandinista de Liberación Nacional para el movimiento nacional-revolucionario en **nuestros países**. No me propongo analizar la experiencia nicaragüense como proceso nacional; esta tarea es patrimonio de los revolucionarios nicaragüenses, "que hacen su propia historia". Me propongo, en cambio, tratar de destacar algunos rasgos de la experiencia nicaragüense que son la continuidad histórica de aquellos rasgos que permitieron a los revolucionarios triunfar y que, paradójicamente, han sido los menos comprendidos por la izquierda latinoamericana en estos veinte años y, por ende, la causa principal de grandes derrotas.

En efecto, con casi dos décadas de "atraso", la Revolución Nicaragüense ha sancionado con su éxito tanto al foquismo como al reformismo obrero. A este último lo ha sancionado con la crítica de las armas, demostrando una vez más que el reformismo obrero sólo puede "abrir brechas en el sistema", pero que es impotente para destruir al sistema en sus bases políticas, económicas y culturales.

Pero, a quien ha sancionado con mayor fuerza es al infantilismo de izquierda, a aquellos que pensaron que todo se resolvía creando "comandos operativos", "columnas guerrilleras", "ejércitos del pueblo": y que creyendo que iban a la "guerra popular", sólo iban a choques de aparatos de guerrilleros contra los ejércitos latinoamericanos sin la participación de las masas. Así, las armas de la crítica, esto es, la **concepción de la política** tal como la ejecutaron los Sandinistas, ha demostrado una vez más la validez de aquella sentencia gramsciana, de que una clase para ser dominante debe ser antes dirigente a través de una organización política de masas¹. Se trataba, en el caso del "foquismo", más que de

¹ GRAMSCI, Antonio. **Notas sobre Maquiavelo y el Estado Moderno**. Buenos Aires, Lautaro. 1965.

errores, de un estilo no nacional de pensar en oposición a un correcto estilo de pensar como lo verificó ya en 1959 el Movimiento 26 de Julio.

Lo que ha demostrado el Frente Sandinista de Liberación Nacional, es que para que una revolución triunfe, la primera condición es descubrir cómo las contradicciones de clases, superpuestas históricamente, cristalizadas en sentimientos e ideas nacionalistas revolucionarias, constituyen el motor de la resistencia popular y permiten articular grandes movimientos de masas con voluntad revolucionaria. Ha sido, por adelantarlo de alguna manera, el "espíritu de Sandino", quien, al tiempo que ejecutaba retardada pero inexorablemente la sentencia popular contra el somocismo y sus amos norteamericanos, ha dado una lección a quienes creían que leyendo a Lenin y a Mao Tse-tung ya todo estaba resuelto. Con la Revolución Sandinista, el marxismo ha sido colocado sobre sus pies, permitiendo nuevamente estimularnos a comprender que siempre la estrategia política es una totalidad, pero concreta, nacional, en la cual se integran así correctamente las contradicciones internas con la gran contradicción que se desarrolla en nuestra época y cuyo contenido fundamental es el paso del capitalismo al socialismo.

¿Qué es lo esencial de la revolución nicaragüense?

¿Es acaso lo principal de la Revolución Nicaragüense el hecho que triunfó por la lucha armada? Esta tesis puede ser nuevamente esgrimida por intelectuales revolucionarios, aislados de las luchas diarias de las masas populares y proclives a las generalizaciones rápidas, tal como ocurrió en la década de los sesenta con los escritos principales de aquella época, especialmente con el libro de Régis Debray "Revolución en la Revolución". Y, se trata de una tesis equivocada, no porque no exprese una parte de la verdad, sino porque al reducir todo el fenómeno a esa parte de verdad, concluye por ser una tesis falsa.

En mi opinión, lo esencial de la Revolución Nicaragüense puede sintetizarse así: formación de un **núcleo revolucionario**, el Frente Sandinista de Liberación Nacional, que ha sido capaz de resolver correctamente el carácter democrático popular de la Revolución Nicaragüense: que ha sabido apoyarse en aquel segmento de **tradición histórica** que sintetizaba en el plano cultural-político las luchas del pueblo nicaragüense, esto es, el sandinismo, cemento éste articulador del bloque popular; ubicar correctamente al **enemigo principal**, esto es, al somocismo, que representaba para el pueblo "la imagen concentrada" de la negación de la necesidad ya madura de transformaciones democrático-populares, por ser materialmente la representación directa del uso privado de la nación a través del control de la economía nacional por medio de una dictadura brutal y anacrónica; ser capaz de ceñir esta contradicción en el plano político como contradicción entre **democracia y dictadura**, con lo cual creaba condiciones para incorporar a la acción anti-somocista a fracciones liberales de la burguesía; plantear un programa de **reformas democráticas avanzadas**, pero basadas casi

exclusivamente en la expropiación del somocismo, con lo cual daba garantías a las fracciones burguesas en especial rurales, excluidas históricamente del bloque dominante; hacer hincapié en la responsabilidad de los Estados Unidos en forma exclusiva, "como sostén del somocismo", sin plantear como objetivo inmediato la nacionalización de los bienes americanos salvo aquellas empresas **comprometidas abiertamente** con el somocismo, y, al mismo tiempo, exigir a Carter ser consecuente con su política de "derechos humanos", lo cual lo obligaba a adoptar una política de **neutralidad** (aunque la Secretaría de Estado apoyara con armas a Somoza hasta el último momento) puesto que no podían intentar salvar a la dictadura a través de una invasión que sepultaría su política de derechos humanos en América Latina y el Caribe con graves repercusiones antinorteamericanas en el resto del mundo; apoyarse en la tendencia democrática presente en América Latina en los países del **Pacto Andino, Costa Rica, Panamá, Jamaica y otros**, y personalidades, como el ex-presidente venezolano Carlos Andrés Pérez, lo que condujo a la propia OEA a sancionar al somocismo y dificultar la ayuda militar a Somoza por parte, por ejemplo, de la dictadura militar argentina: ubicar esta estrategia sin **hacer hincapié** en el factor antiimperialista, es decir, tratando en forma permanente de golpear centralmente a Somoza, táctica que implicaba "de hecho" golpear a los Estados Unidos, en tanto que este país se ha constituido históricamente en el **opresor directo** de los nicaragüenses a través de invasiones como la de 1927-1934, o a través del apoyo abierto a Somoza.

Apoyarse en las masas populares para aplicar esta estrategia lo que significaba dar un **contenido real de izquierda** al proceso de revolución armada por la democracia política, y por último movilizar a las masas a través de una guerra popular que inevitablemente conducía a la **fusión entre vanguardia armada y masas**, a la derrota de la Guardia Nacional en las grandes ciudades y a su disolución como institución por el desplome del gobierno autocrático y por tanto a la formación de un **nuevo tipo de ejército de naturaleza revolucionaria y popular**, como instrumento de defensa de la nación, con lo cual se creaba la principal premisa para un verdadero Estado democrático.

Estos son, me parece, los rasgos más importantes que concentran la experiencia nicaragüense, pero en ellos hay que buscar aquellos que pueden tener **validez** para el conjunto de los países **Latinoamericanos y del Caribe**.

Ya en los años sesenta, cuando bajo influencia directa de la Revolución Cubana se introduce la categoría de "Revolución Continental", destacados políticos, como Rodney Arismendi², se preocuparon por impedir cualquier simplificación de esta nueva categoría estratégica que homologara las diferentes situaciones que se procesan internamente en los países latinoamericanos. La desigualdad de desarrollo económico, social y político, se expresa en nuestros países a través de indicadores acerca de situaciones de crisis o estabilidad política; de distintas

² ARISMENDI, Rodney. *Lenin, la Revolución y América Latina*. México, Grijalbo. 1976.

historias culturales: coexistencia de diferentes lenguas: de características diferentes en cuanto a la estructura de clases y ecológicas, determinadas en gran medida por el mayor o menor desarrollo del capitalismo dependiente: fuerte o débil presencia de tradiciones políticas liberales, regímenes militares o sistemas de partidos, disímil grado de intensidad en las relaciones económicas internacionales y, por ende, de la influencia de los cambios de la economía internacional sobre los países latinoamericanos, etc., hacen imposible, como ya lo había señalado Arismendi, homologar las peculiaridades de la Revolución Nicaragüense a otros países del continente, pero, la Revolución Nicaragüense sí presenta **un aspecto** que debe ser, a mi juicio, estudiado detenidamente, porque en él se concentra un dato político cultural "común" a todos los países del área. Este dato consiste en que los revolucionarios nicaragüenses supieron encontrar **el eslabón político-cultural** que los unió orgánicamente a las masas trabajadoras, esto es, **el sandinismo**. El sandinismo debe ser analizado como el cemento político-cultural de la unidad popular y, detenidamente, porque creo que en esto reside el **núcleo** de un **estilo de pensar** que permitió a los revolucionarios nicaragüenses analizar correctamente las vías para implantarse en el pueblo. Al mismo tiempo ser "sandinista" les permitió trazarse un comportamiento internacional de amplias alianzas, captar las características del repliegue de los Estados Unidos en el campo internacional y poder así inmovilizarlo durante la fase de ofensiva de la guerra popular antisomocista.

Aprender a hacer política

Antonio Gramsci llevaba ya varios años de prisión en Italia, cuando llegó a principios de los años treinta a la conclusión de que se necesitaba reconstruir al PCI desde la misma cárcel. Y para ello reunió a un grupo de comunistas presos para iniciar un curso de educación. Pasaron seis meses y los compañeros de Gramsci seguían pensando sobre el fascismo del mismo modo que en 1923, como "algo pasajero", como un fenómeno que debía ser combatido frontalmente, mientras que Gramsci veía en cambio que la lucha contra el fascismo implicaba un largo combate en el seno de las masas y de las mismas organizaciones del fascismo. El fascismo no era "algo pasajero", era un movimiento político que había logrado una sólida implantación en la sociedad italiana. Así, Gramsci, irritado de la permanencia de concepciones sectarias, sorprendió un día a sus alumnos diciendo que no soportaba más ese esquematismo y que "debían aprender a hacer política" y que por eso resolvía suspenderlos durante los próximos seis meses³.

Quizás parezca arbitrario introducir esta anécdota en este artículo, sin embargo, creo que no es así, porque justamente gran parte de la izquierda latinoamericana ha adolecido de no saber hacer política, entendiendo esto más allá que la práctica política cotidiana. Es decir, "hacer política" como elaboración de estrategias a

³ FIORI, Giuseppe. **Vida de Antonio Gramsci**. Barcelona, Península. 1968.

partir de las contradicciones concretas nacionales y de la relación de fuerzas existentes. En esto, la gran ventaja en América Latina ha sido paradójicamente para los movimientos nacional-democráticos, en detrimento de la izquierda. Los movimientos nacional-democráticos han sabido penetrar e implantarse "Nacionalmente" en el seno de la sociedad civil, mientras que la izquierda latinoamericana, subordinada usualmente a estrategias externas (rasgo que ya se percibe a principios de siglo con el anarquismo y el socialismo, y que cristalizó en los años treinta con la aplicación de la mecánica de los PC de la táctica antiaislacionista que la URSS estimulaba a través de la línea del frente único antifascista de la Internacional frente al peligro del fascismo), han operado generalmente impulsando la combatividad y organización clasista del movimiento obrero o movimientos de resistencia de otras capas sociales, pero sin lograr convertirse en **centros de aglutinamiento** de movimientos nacionalpopulares, salvo en Chile - o coyunturas momentáneas (por ejemplo Venezuela en 1958, Uruguay 1972).

Si la práctica es el criterio de verdad, hay que rendirse ante la evidencia de que en América Latina han sido los movimientos nacional-democráticos quienes han logrado concitar, desde Haya de la Torre y el APRA, lo que Gramsci llamaba "voluntad nacional popular". Esto es, partidos o movimientos que por su concepción de la sociedad nacional han logrado integrar en frente único y bajo la hegemonía de proyectos nacional-reformistas a clases y fracciones de clases interesadas en una revolución democrática y antiimperialista. Así, obreros, campesinos, pequeña burguesía urbana y vastas masas marginales se han incorporado a estos movimientos o partidos policlasistas.

Muchos militantes de la izquierda latinoamericana están preocupados hoy en saber quien vencerá entre los sandinistas, si vencerán los "terceristas", los "partidarios de la tendencia proletaria" o de la "guerra popular". Nadie niega la importancia de este hecho, aunque dudo que el problema esté así planteado luego de la toma del poder en Nicaragua, puesto que esas diferencias se planteaban esencialmente acerca de cómo tomar el poder y no tanto sobre qué hacer luego de lograrlo. Creo más bien que se producirán reagrupamientos nuevos alrededor de qué tipo de sociedad construir. Pero, al margen de esta digresión, lo importante es señalar que de la experiencia nicaragüense no se capta lo esencial, **que consiste en que bajo la ideología genérica antiimperialista y democrática del sandinismo se fue articulando una ideología orgánica de nueva sociedad, democrática, pluralista, socialista de convergencia de distintas clases sociales, que encontraron en el sandinismo la matriz "moral" común para actuar como frente único contra la dictadura.** El sandinismo ha logrado así desde un nuevo eje de clase, recuperar el estilo político que permitió a los grandes movimientos policlasistas implantarse en las sociedades latinoamericanas. De esta manera, el sandinismo incorpora en un programa avanzado, camino del socialismo las tradiciones nacionalistas y populares latinoamericanas, continuando la experiencia original del Movimiento 26 de Julio en Cuba. **El mérito histórico del sandinismo en este aspecto es que ha demostrado que**

"hacer política" implica un estilo de pensar, en el cual las categorías universales del marxismo se hacen concretas a través de categorías político-culturales nacionales. Pero, esto no ha sido lo común entre muchos teóricos marxistas latinoamericanos, quienes han operado intelectualmente al revés, subsumiendo y desintegrando las categorías nacionales en las categorías universales, las cuales han perdido así toda operatividad concreta. Ha habido en la izquierda latinoamericana quienes se resistieron a aplicar mecánicamente tesis marxistas o resoluciones de organismos internacionales a América Latina sin confrontarlas con las contradicciones internas a nuestras sociedades. Ya en la época en que los socialistas veían en América Latina posibles parlamentos a la inglesa en todas partes, Ugarte, en Argentina, comprendió que lo primero que tenía que plantearse el socialismo en América Latina para desarrollarse era colocarse en la línea de la lucha antiimperialista⁴ o el ejemplo de Mariátegui, en Perú, que se resistió durante años a enfrentar a Haya de la Torre como lo querían algunos dirigentes de la Tercera Internacional, que caracterizaban sectariamente al aprismo como "el Kuomitang a la latinoamericana".

Mariátegui en cambio, quien había escrito la audaz frase de que "en América Latina la cuestión campesina era la cuestión indígena" (con lo cual planteaba cuestiones metodológicas decisivas a las que me referiré), se resistía a aplicar caracterizaciones válidas para países lejanos, con otras historias, a las realidades latinoamericanas⁵. Pero, no hay muchos ejemplos; **es que en América Latina tenemos una larga tradición de amor irracional por las tradiciones europeas, cuando no por los estados, incluidos estados asiáticos.**

Imágenes populares del enemigo principal

Es evidente que no toda la gente llega al antiimperialismo por los mismos caminos. Pero en América Latina demasiados han llegado por los textos, no por la vida, no a través de la imagen simple que los pueblos latinoamericanos tienen del imperialismo. Este último fue el camino recorrido por Sandino. El escribió:

"Los grandes dirán que soy muy pequeño para la obra que tengo emprendida; pero mi significancia está sobrepujada por la altivez de mi corazón de patriota, y así juro ante la Patria y ante la historia que mi espada defenderá el decoro nacional y que será redención para los oprimidos. Acepto la invitación a la lucha y yo mismo la provoqué, y al reto del invasor cobarde y de los traidores a mi patria, contesto con mi grito de combate y mi pecho y el de mis soldados formarán murallas donde se lleguen a estrellar las legiones de los enemigos de Nicaragua. Podrá morir el último de mis soldados, son los soldados de la libertad de Nicaragua, pero antes, más de un batallón de los vuestros, invasor rubio,

⁴ PUIGGROS, Rodolfo. *Las izquierdas y el problema nacional*. Buenos Aires, Alvarez. 1965.

⁵ *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*. Selección y prólogo de José Arico, México, Cuadernos de Pasado y Presente No. 60, 1978.

habrá mordido el polvo de mis agrestes montañas. Venid, gleba de morfinómanos; venid a asesinaros en nuestra propia tierra, que yo os aseguro a pie firme al frente de mis patriotas soldados sin importarme el número de vosotros, pero tened presente que cuando esto suceda, la destrucción de vuestra grandeza trepidará en el capitolio de Washington, enrojeciéndose con vuestra sangre la esfera blanca que corona vuestra famosa White House, antro donde maquináis vuestros crímenes. Nuestra joven patria, esa morena tropical, debe ser la que ostente en su cabeza el gorro frigio con el bellísimo lema que simboliza nuestra divisa: Rojo y Negro y no la violada por aventureros morfinómanos **yankees**⁶.

Quizás la palabra clave de estas ideas de Sandino sea caracterizar a los soldados **yankees** como "invasor rubio". No para simplificar hasta el grado de confundir al pueblo estadounidense con los monopolios norteamericanos, ni para negar lo que es necesario aprender de la civilización tecnocrática norteamericana. Sino porque en ese lenguaje se encuentra la imagen que el pueblo latinoamericano tiene de los imperialistas. Los pueblos latinoamericanos perciben a los norteamericanos como el indígena inca o el maya percibió al colonialista español, como un bárbaro, agente destructor de su civilización. Y esta percepción simple del "invasor" es la base para un proceso de conocimiento superior que lleve al pueblo a captar los mecanismos que utilizan las empresas multinacionales, no sólo las americanas, para influenciar en las esferas del poder y lograr mantener sus enclaves neocoloniales. No se puede explicar a las masas trabajadoras cómo las empresas transnacionales corrompen funcionarios, evaden impuestos, fijan precios de monopolio, sin partir de la identificación popular de un extranjero que dirige una empresa u ocupa militarmente un país.

Distintas clases sociales, distintas personas de cada clase, marchan a la identificación del imperialismo a través de caminos originales. Cuando el bracero negro, dominicanos que cultivan la caña en las trescientas mil hectáreas que la Gulf and Western posee en el ingenio La Romana, en la República Dominicana, ve pasar al ejecutivo **yankee**, lo recibe como al moderno esclavista; cuando el obrero peronista argentino ve al empresario extranjero llamar al ejército para reprimir una huelga, lo ve como un ocupante en su propio país, que tiene un poder de decisión directo sobre las fuerzas armadas nacionales. Cuando el coronel Caamaño en 1965 fue a la Embajada Americana en Santo Domingo, como mediador entre los revolucionarios y continuistas, el embajador americano torpemente lo confundió y le dijo "ustedes sólo pueden aspirar a rendirse incondicionalmente"; el militar patriota, saliendo rápidamente de la sorpresa, comprendió de golpe qué era lo que se enseñaba en la Escuela de Panamá y contestó: "Aquí nadie se rinde, carajo". Y se convirtió en líder revolucionario. Se podrían citar miles de experiencias, pero lo importante es comprender que el camino de la conciencia antiimperialista siempre es nacional. En estas tierras

⁶ "El pensamiento de Augusto César Sandino". En revista "Desarrollo Indoamericano", Barranquilla, Colombia, No. 51, 1979.

latinoamericanas y caribeñas leer a Mao Tse-tung o a Ho Chi-minh resulta una cosa importante, pero creer que las masas van a luchar por el pensamiento de líderes extranjeros resulta una provocación a la lógica interna de la cultura política latinoamericana. Y así, los que triunfan, son los que se aferran a una lógica correcta, esto es, a "realizar" a través de revoluciones la voluntad histórica antiimperialista legada por figuras históricas y corrientes ideológicas políticas que en cada país hayan cementado la unidad popular antiimperialista y antioligárquica. Así, en Cuba, Martí o en Nicaragua, Sandino, son sus contemporáneos. Porque esas revoluciones corporizan en forma avanzada sus sueños y sus luchas.

Y ahora, nos aproximamos a una comprensión superior del significado de la observación crítica de Gramsci a sus discípulos: "hacer política" significa "descubrir las contradicciones sociales nacionales cristalizadas en sentimientos: en tradición y procesarlos en su abstracción como teoría, como estrategia, a partir de práctica de las masas". Cuando se dice que Mao Tse-tung caminó, en los años veinte, miles de kilómetros en China, o cuando se recuerda a Recabarren recorriendo durante años los barrios obreros del Chile minero, nos referimos a algo más que un simple reconocimiento empírico de la realidad. Estamos hablando de un estilo para verificar en la práctica las formulaciones teóricas, para estudiarlas en su movimiento real. Y el movimiento real de esas categorías existe en el lenguaje popular: por eso, cuando el pueblo se refiere a los imperialistas y se dice simplemente "gringo", se está refiriendo a su manera a las categorías abstractas del capital monopolista descritas en Hobson o Hiferlding, Bujarin o Lenin.

El hecho es que el sentimiento **anti-yankee** unifica en América Latina al pueblo. Es por eso un componente de la conciencia nacional, y quienes desde la izquierda han violado este principio en nombre del "internacionalismo abstracto", han quedado aislados de las masas, en algunos casos por décadas. Así, por ejemplo, en los años de la justa lucha por alinear los países latinoamericanos con los países que combatían al nazismo, muchas fuerzas de izquierda hicieron alianzas con los Estados Unidos que iban "más allá" de las concesiones necesarias y se enfrentaron con las masas. Ello ocurrió, para dar un ejemplo, en la Argentina cuando el Partido Socialista y el Partido Comunista se opusieron a Perón en abierta connivencia con la Embajada Americana y la oligarquía terrateniente: o cuando en Venezuela, el Partido Comunista continuó apoyando en 1945 a Medina Angarita por su posición antifascista, mientras que Acción Democrática, también antifascista, lo enfrentaba abiertamente como continuación de la oligarquía gomecista.

Estado, democracia y pluripartidismo

Justamente, la experiencia histórica nicaragüense implica un camino diferente, un camino de intransigencia nacional con el imperialismo a partir de las vivencias populares, como señala Sergio Ramírez:

"La guerra del General Sandino no terminó en 1934 con su asesinato. La alternativa nacional verdadera, la alternativa del pueblo que es la alternativa sandinista, no fue descabezada en aquel tiempo. Echó raíces, entonces, porque enterrar a Sandino fue como enterrar una semilla, según las palabras de nuestro poeta nacional Ernesto Cardenal, el pueblo guardó sus fuerzas, guardó su honor, soportó medio siglo de tiranía y ahora es el único capaz de cargar sus armas de futuro. Lo demás es el pasado. El somocismo va entrando al territorio del pasado con toda su carga de muerte y esta fórmula mágica, de las paralelas históricas sostenida por los Estados Unidos como la más anquilosada forma de intervención en asuntos de Nicaragua entra ya también al territorio del pasado".

Y agrega, identificando claramente la relación entre el somocismo y el imperialismo:

"Porque la intervención norteamericana mantenida a lo largo de todo este tiempo, no sólo liquidó toda forma de participación política civil, sino que dejó toda la participación política en manos de la dictadura. Erigió a la familia Somoza con un poder absoluto. Dejó a la familia Somoza enriquecerse impudicamente, acaparar la tierra, erigir monopolios, adueñarse de las industrias, de la banca, de los seguros, del transporte, de la producción de alimentos, hasta del comercio con la sal y la sangre; estimuló a la familia Somoza para convertir al ejército de ocupación que era la Guardia Nacional, además en una guardia pretoriana. Y los Estados Unidos han bendecido los golpes de estado, los fraudes electorales, los pactos políticos, la corrupción de la Constitución y de las leyes"⁷.

Esta cita de Sergio Ramírez, nos conduce a otra cuestión de vital importancia en América Latina y también en el Caribe, que es la cuestión del Estado, presentada en forma viva, no escolástica. Puede decirse que los sectores populares más conscientes ven al Estado represor y militarista como el símbolo práctico de la Santa Alianza entre las oligarquías latinoamericanas y los Estados Unidos. La historia del Estado en América Latina desde la colonia hasta nuestros días, podría decirse esquemática y metafóricamente, es la historia del autoritarismo estatal. Esto se explica, dado que no se produjo una revolución burguesa clásica, que hubiera permitido el despliegue libre entre productores en la sociedad civil y como corolario la construcción de un estado regulador de relaciones sociales históricamente progresistas. Desde la colonización, el Estado cumplió el rol de institución que garantiza la apropiación coercitiva del plustrabajo a las masas indígenas o negras. Durante ese período se legitimaron las encomiendas, el yanocazgo, etc.; más tarde, en la independencia, se garantizaron la hacienda, la

⁷ RAMIREZ, Sergio: "La perspectiva inmediata de cambio en Nicaragua". En revista "Nueva Sociedad", Caracas, Venezuela, No. 43, 1979.

fazenda, el hatu, y a partir de este siglo, se aseguró la sumisión al capital extranjero y a las oligarquías latifundistas, financieras, comerciales, industriales, comprometidas con el imperialismo.

Por esa ausencia de civilización burguesa clásica, y en cambio presencia de estados autoritarios, que en vez de ser el resultado de una sociedad civil articulada, eran más bien el instrumento para mantener unida a sociedades civiles económicamente desarticuladas, ha sido imposible plasmar sociedades democrático-liberales estables. Y las experiencias democráticas parecen impotentes frente a los interminables golpes y contragolpes de estado. Pero, por eso mismo, las masas populares intuyen, presienten, cuando no son abiertamente conscientes, que los períodos de democracia sirvan sólo para poder obligar a las clases dominantes a hacer concesiones y aprovechar esos momentos para ejercer un control sobre el capital extranjero. Las masas populares valoran la importancia de la democracia política, pero comprenden también sus limitaciones.

Las masas sienten como suya la lucha por la democracia. Este hecho, no fue comprendido en los años sesenta cuando varias organizaciones guerrilleras se lanzaron a la lucha armada en países donde se habían implantado regímenes parlamentarios como en Venezuela, y quedaron aisladas de la población, pero debe reconocerse que la lucha por la democracia política, paradójicamente, tiene un contenido ideológico ambivalente. Por un lado en las grandes batallas por la democracia en América Latina ha habido y habrá una continua perseverancia por implantar democracias estables. Pero, al mismo tiempo, y esto no afecta a la disposición de lucha, sino que introduce una componente más realista, hay también en este comparte una dosis importante de incredulidad en cuanto a que la democracia política va a resolver los problemas de fondo del pueblo. En esto, obviamente, no sólo incide el hecho que las masas saben que las clases dominantes suelen perder **el gobierno** pero no **el poder**, como la experiencia práctica con diferentes gobiernos nacional-reformistas que han llegado al gobierno para impulsar políticas industrializadoras y nacionalistas, **pero que han conducido a la constitución de nuevas capas burguesas modernizadoras, mientras que la miseria, el marginamiento social y la explotación obrera han continuado.**

Nadie puede asombrarse por eso, cuando ahora, triunfante el Frente Sandinista de Liberación Nacional, las masas populares nicaragüenses, en un país donde el somocismo impidió la construcción de partidos populares, con su intuición popular consideran superfluo hablar de sistemas políticos pluripartidistas, y en cambio, lo que sí esperan, es que el **Estado cambie**, que cambie su **naturaleza de clase** y pase del Estado autocrático somocista a un Estado democrático. Eso mismo ocurrió en Cuba en 1959. Es que cuatrocientos años de experiencia sedimentada sobre el carácter autoritario del Estado en América Latina, a veces escrita en textos, pero la mayoría de los casos transmitidos oralmente por generaciones sufridas por la arbitrariedad de la fuerza, ha terminado por fijar en las masas esa simple y correcta idea que no se trata de partidos, se trata de lograr

gobiernos para el pueblo. Por otro lado, la experiencia histórica revolucionaria en América Latina anterior a la Revolución Cubana, tiene un antecedente ya en esta dirección: la Revolución Mexicana, revolución que constituyó un régimen democrático a través, en los hechos, de un solo partido desde 1946, el PRI.

Pero toda esta exposición sobre el Estado no debe conducir a la idea que el autor de este artículo es partidario de regímenes de partido único en América Latina. No es así, porque en América Latina y particularmente con el desarrollo capitalista dependiente, con la constitución de amplios movimientos nacional-democráticos y partidos obreros y sindicatos, la transformación progresista de la sociedad latinoamericana puede ser realizada a través del pluralismo político. Para ello, en varios países como Argentina, Perú, Brasil, México, Venezuela y otros, esto exige que la izquierda latinoamericana expulse esa simplificación del marxismo que la llevó a identificar e igualar mecánicamente dictaduras militar-terroristas con sistemas políticos democrático-burgueses. También implica comprender claramente que el reconocimiento del valor de la democracia política no debe confundirse con ilusión democratista.

Una breve observación

Una política revolucionaria es siempre una política de alianza de clases. Ninguna clase puede tomar el poder y realizar la revolución sin aliados. Pero, en América Latina, esto plantea cuestiones metodológicas importantes, a las cuales me referiré solo brevemente.

Tomemos la cuestión de la alianza obrero-campesina. Es un tema clásico en la teoría socialista, desde Engels y Kautsky. Pero, ¿qué significa esto en América Latina? Significa que este tipo de alianza de clases sólo puede efectivizarse si los obreros a través de su partido encuentran el eslabón real, no "sociológico", de unidad con los campesinos. Así, si se trata de una alianza de los obreros con los campesinos indígenas, esta será imposible si los obreros no logran penetrar en la cosmovisión del mundo campesino indígena, donde la lucha contra el terrateniente se asocia con el regreso a sus formas autóctonas de civilización. Así es sabido, por ejemplo, que las grandes masas campesinas zapatistas durante la Revolución Mexicana luchaban contra el hacendado reivindicando el ejido. Esta fue la lección entendida por Mariátegui, quien trató de encontrar en la civilización incaica, los aspectos de organización social colectivos que facilitasen la penetración de ideas revolucionarias en el campo. Obviamente, se presenta también el "otro lado" del problema, cuando se trata de áreas de agricultura capitalista donde, junto al terrateniente, se extiende la figura del agricultor mediano; en este caso penetrar en la vida rural exige encontrar los eslabones para el avance en la conciencia social del campesino, especialmente estimulando la cooperación sobre la base de la propiedad privada. En uno u otro caso, esto **no debe ser contrapuesto mecánicamente con estrategias tanto de división de la**

gran propiedad latifundista como de mantenimiento de grandes unidades de explotación intensiva por vía de la estatización o cooperación agrícola.

Originales problemas metodológicos se plantean en América Latina en relación con la llamada burguesía nacional. En sentido estricto, en América Latina no se presenta una burguesía nacional al estilo asiático, burguesía incipiente rodeada de áreas rurales feudales, que necesariamente tiene que pugnar por una revolución democrático-burguesa. La diferencia en América Latina es que el desarrollo capitalista-dependiente ha procesado, a su manera, la "revolución democrático-burguesa", no contra el latifundio, sino desde dentro de él y en alianza con el capital extranjero. Este último ha sido el principal factor del desarrollo capitalista deformado, atrasado y dependiente en América Latina. Pero, esta burguesía, sólo tíbiamente interesada en liquidar los residuos precapitalistas, sí pretende desalojar de ciertos espacios económicos al capital extranjero, para ocuparlos como clase. Al mismo tiempo pugna por lograr ocupar un rol hegemónico en el aparato del Estado para trazar políticas favorables a la acumulación de capital en el sector de la burguesía nacional. En este caso, por ejemplo, es bastante evidente la experiencia argentina, con el Grupo Galbard Bronner, que disputó seriamente el capital extranjero en sectores de autopiezas, electrónica, caucho, etc., operando desde dentro del peronismo entre los años 1950-1975. **Burguesía nacional conciliadora, la burguesía nacional latinoamericana forcejea con el imperialismo, al mismo tiempo que busca un compromiso favorable con él. Pero por eso mismo puede ser incorporada al frente nacional-popular.** La experiencia nicaragüense es suficientemente aleccionadora de cómo se puede incorporar a fracciones burguesas patrióticas alejadas del poder que participan en el proceso en su fase democrática, para poder incidir en el proceso revolucionario.

Clase social y clase nacional

Es sabido que la categoría movimiento obrero abarca fundamentalmente dos aspectos recíprocamente vinculados, y contradictorios. **Estos son: el Sindicato y el Partido Obrero.** En América Latina desde comienzos de siglo conocemos al partido obrero bajo el nombre de partido socialista. Sin embargo, estos partidos socialistas, en Argentina, Uruguay, Brasil, México y otros países, salvo Chile, no lograron constituirse en dirección real del movimiento obrero. Hubo en cambio, una subestimación por parte de los partidos socialistas, imbuidos en la práctica parlamentaria, del rol de la acción sindical, y este vacío fue cubierto desde principios de siglo, como es sabido, por el anarco-sindicalismo. Este se apoyaba en dos fenómenos socioculturales muy interesantes para la época. El primero consiste en que una gran parte del proletariado en América Latina en aquella época eran inmigrantes extranjeros, que vivían en nuestros países un doble extrañamiento; uno de origen social que deviene del sistema de explotación y otro de origen nacional que deviene de su desarraigo de la vida latinoamericana. El sistema de explotación empuja la resistencia obrera frente a los patronos. Esto

obviamente constituía una tendencia favorable al desarrollo del sindicalismo en América Latina. Pero al mismo tiempo, el hecho que una gran parte de estos obreros fueran extranjeros facilitaba que el apoliticismo y el cosmopolitismo anarco-sindicalista penetrara en las masas trabajadoras.

Como es sabido, los anarco-sindicalistas sostenían que la idea de patria era una invención burguesa, y fomentaban el cosmopolitismo. Sin embargo, ellos no se limitaban a discutir la ideología anarquista en su forma abstracta, sino que la propaganda y la agitación se hacían junto con una incesante actividad sindical y de desarrollo de las posturas radicales a favor de las huelgas, boicoteo, y otras formas de resistencia de los trabajadores a la explotación en el plano económico. Por eso gran parte de los obreros de origen extranjero poco politizados y poco asimilados a los nuevos países eran fácilmente atraídos por esta ideología cosmopolita.

El otro fenómeno consiste en que una parte de la clase obrera se va a conformar a partir de las migraciones internas, tendencia que desde 1930 se convierte en dominante. En este caso se trata de campesinos que emigran a las ciudades con muy bajo nivel cultural, y que, obviamente, están marginados de la vida política. Estos obreros consideran a la política como algo que les es ajeno y en cambio quieren soluciones concretas a sus demandas. El anarco-sindicalismo logró también en estos casos arraigar en estas fracciones de la clase obrera, como ocurrió por ejemplo en el caso mexicano, desarrollando una fuerte tendencia al apoliticismo en vastos sectores en el movimiento sindical.

De manera que la primera conclusión es que en América Latina el camino clásico de relación entre sindicatos y partidos socialistas no fue seguido, porque estos partidos copiaron las estrategias europeas y trataron de aplicarla en forma mecánica a naciones dependientes y atrasadas organizadas en estados autoritarios, aun cuando muchos de ellos adoptasen formas liberales y que temporariamente facilitasen la libertad de acción sindical y política para el movimiento obrero como fue Argentina, Uruguay o Chile.

Creo que en el hecho que el anarcosindicalismo haya logrado en esos años tanta fuerza en América Latina, hay un problema teórico por analizar.

Es sabido que, a diferencia de los socialistas, los anarquistas no aceptaban la categoría de clase social. Ellos la reemplazaban por la de "explotados". Y esta categoría teórica favoreció paradójicamente al anarquismo, puesto que facilitaba su inserción en masas de trabajadores donde no era fácilmente distinguible el obrero propiamente fabril del obrero semiartesanal. El anarquismo pudo así lograr una mayor sensibilidad frente a los movimientos de protesta de asalariados no fabriles y cierto espontaneísmo populista que le permitía una más rápida implantación entre los trabajadores todavía motivados por ideologías individualistas derivadas de su origen rural o a través de su cosmopolitismo que le facilitaba implantación entre los trabajadores europeos.

De manera tal, que en América Latina hasta avanzados los años 1930, la relación entre sindicato y partido tuvo desde sus comienzos este rasgo permanente: debilidad de los partidos socialistas y hegemonía anarquista o sindicalista. Se produjo así una histórica escisión en el movimiento obrero entre acción política y acción sindical.

Pero hay otro hecho político de gran importancia que también incide en el curso que sigue el movimiento sindical en muchos países y que genera un tipo particular de relación entre acción sindical y acción política: **a partir de la primera década de este siglo irrumpen los llamados movimientos nacional-democráticos o nacional-revolucionarios, de composición policlasista, en oposición a las oligarquías tradicionales y al gran capital extranjero.** Estos movimientos nacional-democráticos o nacional-revolucionarios elaboran sus estrategias políticas de acuerdo con el objetivo común de los pueblos latinoamericanos: esto es, conquistar su independencia política y su soberanía económica, establecer la democracia política, junto con programa de distribución de ingresos favorables a las capas populares por reformas agrarias favorables a la expansión del mercado interior. La manifestación más destacada de esta capacidad hegemónica de los movimientos policlasistas se demostró durante la Revolución Mexicana (1910-1917), que fue dirigida por líderes nacional reformistas, tipo Carranza, Obregón, o Calles. También se expresó con la formación del Partido Radical en Argentina y del Batllismo en Uruguay, logrando un perfil teórico definido con el Aprismo en Perú en la década de 1920.

Grandes masas trabajadoras, ya organizadas sindicalmente, en algunos casos antes de la formación del movimiento nacional-democrático, como es el caso mexicano, o en otras organizadas a partir de la conquista del Estado por parte de esos movimientos como el de Brasil con el Varguismo, pasan a incorporarse a la vida política de los países latinoamericanos a través de partidos de base social policlasista. Hay, efectivamente, diversidad de situaciones. Por ejemplo, una es la del movimiento sindical mexicano de origen anarco-sindicalista, que pasará masivamente a incorporarse dentro de lo que después de la Segunda Guerra Mundial cristalizará como el PRI, en este caso la integración del movimiento obrero en el partido hegemónico de la Revolución Mexicana es el resultado directo de una revolución que desemboca en la aplicación de un proyecto nacionalista democrático y antilatifundista avanzado. Un caso diferente por ejemplo, es el de Brasil, donde en la década del treinta se produce el ascenso al gobierno de Getúlio Vargas. Como consecuencia de ello se produce una modificación en la estructura del Estado que pasa a ser Estado burgués nacionalista y favorable al desarrollo industrial autónomo. Y que aplica una política de incorporación de la clase obrera al sistema político dominante, para lo cual desde el gobierno se fomenta el desarrollo de sindicatos obreros subordinados al aparato del "Estado Novo". Un tercer caso fue el peronismo en Argentina: entre 1944-1945, la alianza entre sectores del antiguo partido radical, de militares nacionalistas y militantes provenientes del socialismo o del

sindicalismo, da lugar a la constitución de un movimiento nacional-democrático de amplia base proletaria. En este caso, el movimiento obrero ya contaba con una larga tradición de lucha y organización, de manera tal que el peronismo necesitó para poder incorporar a los trabajadores, no sólo satisfacer las reivindicaciones postergadas de las masas asalariadas urbanas y rurales, sino al mismo tiempo introducir ciertos elementos de la ideología socialista en su doctrina, como ya había ocurrido en el caso del movimiento nacional-revolucionario mexicano.

De todos los ejemplos anteriores se puede generalizar que el rasgo común de este proceso de participación obrera consiste en que estos movimientos nacional-democráticos, de base policlasista, logran incorporar a la mayoría de los asalariados, porque ellos permiten al obrero identificar su interés inmediato de clase con los intereses del conjunto de la nación y, **al mismo tiempo, como clase reconocida en el frente nacional popular.** Esta última idea tiene como objeto criticar la interpretación simplista que trata de explicar la incorporación de fuertes contingentes del movimiento obrero y de organizaciones sindicales en los movimientos nacional-democráticos sólo **como el resultado de reivindicaciones sociales otorgadas por la burguesía al proletariado.** Esta idea es extremadamente simplista y errónea. Es cierto que la política de mejoras en las condiciones de vida y de trabajo facilitan la incorporación de gran parte de la clase obrera a los movimientos nacional-democráticos. **Pero la razón última, y fundamental, fue que los obreros se reconocían políticamente en estos movimientos nacional-democráticos. Ante la ausencia de partidos socialistas de carácter nacional, buscaban en los movimientos nacional-democráticos combinar sus intereses inmediatos con su identidad de clase social nacional.** Es que en el proletariado siempre sus intereses de clase son al mismo tiempo diferentes e idénticos a los del conjunto del pueblo. Por eso mismo es que el proletariado, liberado de las limitaciones del anarco-sindicalismo o del socialismo europeizante, en América Latina, tiende espontáneamente a tratar de diferenciar sus intereses de clase en el seno de bloques nacional-populares. Ha sido esta una constante histórica del comportamiento de la clase obrera latinoamericana y responde al criterio metodológico **de que es imposible analizar la práctica socio-política de una clase aislada, del comportamiento global de una nación y su pueblo en el contexto mundial.** Y en los países coloniales, neocoloniales o dependientes, cuya situación genera la tendencia a la unidad popular antiimperialista y antioligárquica, la clase obrera tiende espontáneamente a aliarse con otras clases, proceso que puede conducir a convertirla en hegemónica o a comportarse como clase subalterna en el frente nacional-popular. En América Latina la incapacidad histórica de los llamados partidos obreros socialistas o comunistas, salvo excepciones como Chile y algunas otras, para ser capaces de generar proyectos nacionales, proyectos y estrategias capaces de permitir al proletariado constituirse en la clase hegemónica, han traído como consecuencia que el espacio político popular haya sido ocupado predominantemente por los movimientos nacional-democráticos.

Por tanto, lo que es necesario entender, es que este proceso de constitución de movimiento nacional-democrático, salvo en aquellos países donde dictaduras tipo Somoza lo ha impedido, han cristalizado como "sentimiento nacional-popular".

Pero, a partir de la década de 1960, un hecho político, la Revolución Cubana; un hecho económico, el agotamiento de la estrategia de sustitución de importaciones y en cambio la apertura hacia estrategias de economía de escala neoliberal; y un hecho social, el crecimiento de la clase obrera industrial y de nuevas capas de profesionales y técnicos en el seno de las capas medias, **han traído aparejados la posibilidad histórica de que amplios movimientos de tipo socialista puedan continuar y superar desde un eje proletario a la antigua tradición nacional-democrática.** Esto ya se ha manifestado en la práctica con el triunfo de la Revolución Cubana y es posible que logre su continuidad histórica a través de la Revolución en Nicaragua.

El hecho de que tanto en Cuba como en Nicaragua hayan triunfado movimientos y no partidos, plantea un problema teórico interesante al movimiento revolucionario latinoamericano. Durante décadas la izquierda latinoamericana se aferró a una concepción mecánica de la teoría supuestamente leninista del partido. En nombre de partidos que representaban teóricamente a la clase obrera, se dotó a estos partidos de una concepción estrecha y obrerista, que dificultó que en estos partidos pudiesen sintetizarse la práctica social de los obreros, de los campesinos y de la pequeña burguesía bajo la hegemonía de la práctica proletaria. La izquierda latinoamericana no comprendió que en los movimientos nacional-democráticos se producía tal simbiosis de prácticas sociales bajo la hegemonía de proyectos nacionales reformistas.

En cambio, a partir de la Revolución Cubana, se pudo apreciar que un movimiento como el 26 de Julio, ideológicamente heterogéneo, permitía la síntesis de diferentes prácticas sociales desde un eje proletario y socialista, permitiendo transitar a vastas masas sociales desde la lucha por la democracia al combate por el socialismo. Y hoy esta experiencia puede ser reafirmada por el Frente Sandinista de Liberación Nacional.

La práctica histórica se ha enfrentado una vez más con la teoría, demostrando su superioridad sobre teorías mecanicistas que en nombre de supuestas lealtades al marxismo, olvidaba la principal máxima de Engels, de que lo fundamental consistía en organizar y orientar el "movimiento real" de las clases sociales, que el marxismo era "una guía para la acción", y no un conjunto de recetas sectarias. Por otra parte, existían ya experiencias en Europa y en Asia suficientemente aleccionadoras acerca de la necesidad histórica de dotar al partido proletario de un contenido social popular sin que esto afectase la esencia de clase y la revolucionaria del partido político revolucionario. La experiencia nicaragüense ha planteado claramente, aun para países donde los asalariados urbanos son la mayoría de la población económicamente activa, como Argentina, que es

necesario dejar de lado maneras escleróticas de pensar. Y que hay que saber buscar las **formas orgánicas** que realmente faciliten la construcción de partidos o movimientos socialistas con capacidad de sintetizar en su seno, **desde un eje proletario**, la práctica histórica de las masas populares. La experiencia del Frente Sandinista de Liberación Nacional en este sentido es suficientemente aleccionadora.

Otro aspecto que me parece importante destacar en la experiencia sandinista consiste en el carácter independiente y autónomo de la política internacional del Frente Sandinista de Liberación Nacional.

La experiencia de las revoluciones indica que la primera regla por tener en cuenta, para que un partido o movimiento pueda ser nacional-hegemónico, consiste en garantizar, a través de su comportamiento político, a las masas populares que la Revolución es necesaria para garantizar **no sólo el progreso social sino la independencia nacional**. Los trabajadores de un país dependiente pueden seguir a un partido obrero a nivel sindical si éste, por ejemplo, demuestra a través de sus cuadros honestidad y posiciones clasistas. Pero, es seguro que los trabajadores darán la espalda a ese partido cuando la batalla política se desplace a nivel de alternativas nacionales, si ven que ese partido o movimiento sigue directivas de otros países o si observan que se comporta tratando de copiar modelos de sociedad implementados en otros países.

Esta regla de oro de los revolucionarios no puede ser entendida simplemente como una cuestión táctica, sino que debe ser entendida como una cuestión de concepción de la política misma. Es decir, para poder lograr entender, captar y orientar el proceso revolucionario en un país hay que, ante todo, garantizarse la independencia de juicio en relación con el movimiento revolucionario internacional en su conjunto. Cualquier movimiento o partido que guíe su estrategia por el comportamiento político de partidos que ocupan posiciones de dirección de otros estados, está condenado a sufrir los vaivenes de la política exterior de esos estados. Hay experiencias suficientemente aleccionadoras y trágicas como para comprender que aquella máxima de la teoría burguesa, la de que la política exterior era la continuación de la política interior, es también válida para el movimiento obrero.

Para trazarse una política exterior que ayude al proceso revolucionario interior es necesario buscar los aliados en el campo internacional que se correspondan con las necesidades de impulsar el proceso revolucionario nacional. Esto no está en contradicción con aportar a la lucha contra el peligro de guerra mundial, aportar a la lucha por el desarme o dar activa solidaridad a la lucha a todos los pueblos y naciones que luchan contra el imperialismo y el neocolonialismo. Quiere decir que siempre la condición decisiva para poder lograr una posición de hegemonía en el bloque popular, consiste en garantizar a las masas que la fuerza política socialista **será consecuente** en la lucha por la revolución social y nacional, camino del socialismo, y que no capitulará por un viraje táctico de uno u otro país

socialista, de uno u otro partido socialista importante en el mundo. Hay suficientes lecciones ya en América Latina acerca de partidos obreros que han capitulado por necesidades internacionales, lo que los ha conducido al aislamiento de las masas. Así, durante la Primera Guerra Mundial, los partidos socialistas se colocaron junto a los países de la Entente contra el Imperio Austro-Húngaro y Alemania y se aislaron de las masas obreras que se oponían a la guerra interimperialista, mientras lo que se desarrolló fueron las posiciones neutralistas, en general encabezadas por los movimientos nacionales democráticos en ascenso. Durante la Segunda Guerra Mundial los partidos socialistas y los partidos comunistas adoptaron una política de conciliación con los sectores más retardatarios de los países latinoamericanos, si es que estos se manifestaban antifascistas, y con los propios Estados Unidos. Y se aislaron de las masas en un momento en el cual existía una situación favorable para luchar por la independencia nacional, dadas las dificultades coyunturales que tenían las potencias imperialistas para continuar presentes en la vida política y económica de los países latinoamericanos. De tal manera, que la experiencia latinoamericana es suficientemente rica como para aportar argumentos en favor de esta postura. La política internacional del Frente Sandinista de Liberación Nacional y de su decisión de mantenerla, independiente, tercermundista y dentro de los lineamientos del movimiento de los Países No Alineados, seguramente reforzará el prestigio del gobierno revolucionario, no sólo ante su propio pueblo sino ante los pueblos del mundo. La necesidad de que cada movimiento revolucionario tenga una política independiente se corresponde por otro lado con un mundo cada **vez más multipolar**.

Efectivamente, si bien es cierto que desde el punto de vista militar, el mundo está dividido en dos superpotencias; si bien es cierto que la economía mundial tiende a concentrarse entre los países capitalistas desarrollados y los países socialistas, lo cierto es que el mundo, desde el **punto de vista político, es cada vez más multipolar**. Es decir, la ruptura de la bipolaridad se opera centralmente a través del proceso de independencia nacional y de constitución de estados independientes que pugnan por lograr ocupar un lugar de igualdad en el concierto de las naciones. Esto constituye un gran progreso, y es quizás la principal causa que dificulta que las transnacionales puedan operar con la misma facilidad que el viejo imperialismo operaba sobre el mundo colonial, neocolonial o independiente.

En América Latina una política internacional independiente es al mismo tiempo una política contra la hegemonía norteamericana, que constituye efectivamente el enemigo principal. En América Latina entramos en una etapa de grandes luchas revolucionarias; la vieja consigna de la "Revolución Continental" sigue vigente. Pero, esa consigna no es suficiente, a ella hay que agregar una nueva consigna, **la lucha por "un socialismo a la latinoamericana"**, en que cada país logre encontrar su propio modelo de socialismo, que no debe negar de las experiencias extranjeras. Pero que debe poner el eje en lograr encontrar, en la práctica histórica de las masas populares, los eslabones políticos y culturales para dirigirlos hacia la

liquidación del modo de producción capitalista dependiente y, en cambio, abrir cauces a modelos de socialismo en los cuales, bajo la dirección de estados democráticos y populares, se articulen economías realmente socialistas basadas en la coexistencia de la economía estatal, de la economía cooperativa y de la economía privada que subsistirá durante la primera etapa de transición del capitalismo al socialismo. Es necesario elaborar y trazarse políticas democráticas de participación popular en la revolución, que constituye la condición principal para hacer posible realmente que coexistan en el mismo proceso revolucionario diferentes tendencias y opiniones. En algunos casos cristalizadas en partidos, en otros convergentes en el seno de grandes movimientos socialistas.

Este artículo ha tratado de presentar temas para reflexión latinoamericana acerca de la experiencia de la Revolución Nicaragüense. Creo que lo más importante de la Revolución Nicaragüense no consiste en redescubrir que la violencia popular es la condición principal para garantizar la liquidación de la explotación del hombre en América Latina, esta necesidad histórica responde al viejo principio de que allí donde hay opresión hay resistencia, y allí donde la opresión se ejerce a través de métodos violentos, la resistencia popular debe ser también violenta. Pero me parece que para poder comprender correctamente cómo la violencia fue capaz de ser asumida por las masas, es necesario previamente entender que sólo una **concepción nacional de la política** puede crear las premisas para proponer formas de lucha que encarnen en las masas y que hagan posible que se incorporen a la lucha abierta contra los regímenes reaccionarios y proimperialistas en América Latina. Y, en esto, creo que la Revolución Nicaragüense nos enseña a todos, aun cuando todavía no está escrito en esta Revolución el próximo capítulo.

Referencias

- Anónimo, CUARDERNOS DE PASADO Y PRESENTE. 60 - México. 1978;
 Anónimo, DESARROLLO INDOAMERICANO. 51 - Barranquilla, Colombia. 1979;
 Arismendi, Rodney, LENIN, LA REVOLUCION Y AMERICA LATINA. - México, Grijalbo. 1976;
 El pensamiento de Augusto César Sandino.
 Fiori, Giuseppe, VIDA DE ANTONIO GRAMSCI. - Barcelona, Península. 1968; La perspectiva inmediata de cambio en Nicaragua.
 Gramsci, Antonio, NOTAS SOBRE MAQUIAVELO Y EL ESTADO MODERNO. - Buenos Aires, Argentina, Lautaro. 1965; Arico, José -- Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano.
 Puigros, Rodolfo, LAS IZQUIERDAS Y EL PROBLEMA NACIONAL. - Buenos Aires, Argentina, Alvarez. 1965;
 Ramírez, Sergio, NUEVA SOCIEDAD. 43 - Caracas, Venezuela. 1979;

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 45 Noviembre- Diciembre de 1979, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.